

PRODUCTIVIDAD

Una de las justificaciones más utilizadas de las desigualdades salariales es la productividad. Cobra más quien es más productivo. A los estudiantes de económicas se les inculca esta idea. La mayoría de sus profesores se la creen sinceramente (es un decir, soy incapaz de saber lo que ocurre en la cabeza de mis colegas). Pero su base real es más que discutible.

Lo es el propio concepto de productividad. La pretendida ciencia económica suele utilizar conceptos vagos que no sirven para trabajar con precisión. Hicks, un importante economista neoclásico, de los mejores en su línea, llegó a decir que si para un empresario alguien resultaba molesto (o sea un o una sindicalista demasiado reivindicativo) esto se tenía que considerar menos productivo. Si un pope utiliza los conceptos con tanta manga ancha podemos temer lo peor de sus discípulos. Si miramos la estructura salarial veremos que la mayoría de trabajos manuales, especialmente los de cuidados, los intensivos en relaciones humanas, los que emplean a más mujeres. Y en la otra punta de la cola hay un grupo de superestrellas, particularmente la alta dirección de las empresas con sueldos estratosféricos. Las diferencias se justifican por la productividad. Los asalariados que cobran poco se supone que contribuyen poco al bienestar social. Y los que ganan mucho son los grandes benefactores.

Estos días están sirviendo para ver las cosas de otro modo. Vemos quien es muy necesario y quien es prescindible. Hay gente con buenos salarios que está aportando cosas tan importantes como gente con muy bajos salarios. Si indagáramos veríamos que encima hay personas que hacen tareas parecidas y que cobran diferente en función de su situación contractual (el tipo de empresa en la que trabajan, el tipo de contrato). Y hemos visto que muchos de los trabajos imprescindibles, peligrosos, que proporcionan enorme bienestar social están a la cola. Y en ellos predominan las mujeres y los inmigrantes de ambos sexos. No es nada nuevo en la historia: siempre los que han realizado la mayoría de trabajos fundamentales han recibido poco y han sido despreciados socialmente. Y las cosas que hacen las élites se han considerado cosas elevadas, reservadas a una clase especial de personas. El empleo precario de hoy es una versión moderna de la esclavitud, del servilismo feudal. Porque cualquier sistema de dominación requiere que se minusvalore la importancia de la gente corriente y se supervalore a las castas dominantes.

Si algo ha servido la jornada de hoy es que se han dicho cosas bastante claras al respecto, sobre la importancia y el valor del trabajo de la gente corriente, sobre la necesidad de más igualdad. Hay un precioso vídeo de CCOO que lo recuerda (no hace falta ser afín a este sindicato para compartir su contenido, ni pretendo que sea el único lugar donde se ha dicho). Porque no sabemos si una actividad es más o menos productiva. Pero si podemos saber cuáles sirven más o menos al bienestar social. Y mientras muchas de las que son útiles están entre las mal pagadas, en los altos ingresos se encuentran muchas que constituyen un verdadero mal social. Por esto es necesario cambiar a la vez la escala de salarios y la forma de evaluar la calidad de cada empleo.